

una acción saludable. Nacido en el campo, en la Lorena, donde corrieron la mayor parte de sus días, Julio Bastien Lepage no tuvo esa primera educación de preocupaciones plásticas que falsea en las ciudades el espíritu y los ojos de los niños. Por más lejos que recordara, no le ofrecía su memoria más que segadores escalonados en los surcos, vendimiadores recorriendo los viñedos, guadañeros pelando los prados agostados, pastores guareciéndose bajo los árboles de los ardientes rayos del sol del medio día; pastores tirando de frío, en el invierno, bajo su rota capa, buhoneros que atravesaban á buen paso la llanura empapada de lluvia torrencial, lavanderas que llenaban los huertos con su sonora alegría batiendo bravamente el agua azul... He aquí todo lo que quería él pintar, ó mejor dicho, todo lo que pintó.

Lo habíamos saludado justamente desde sus primeros retratos y fué progresando siempre, teniendo en grado eminente el don de la observación fisiológica. Y era sin embargo poeta, poeta de candor, por ese profundo amor de la naturaleza que lo ponía en contemplación ante los tesoros del sol poniente y los blandos rayos de la luna y lo impelía sin cesar hacia los pequeños y los humildes.

¿Cómo no recordar, por lo demás, lo que le oí decir respecto á la educación recibida en la escuela de Bellas Artes? «No he tenido que quejarme de nadie y guardo la más viva gratitud á buen número de personas, que no me debían nada y me dieron mucho. He aprendido mi profesión en París y no quiero olvidarlo, pero realmente no he aprendido en él mi arte. La escuela de Bellas Artes está dirigida por maestros, cuyas buenas cualidades y abnegación no podría desconocer sin injusticia. Pero ¿es culpa mía haber sacado de sus lecciones las únicas dudas que me hayan atormentado? ¡Qué lástima que se os inicie en tradiciones y rutinas á pretexto de amoldaros! ¡Sería tan sencillo enseñaros á servir de los pinceles y de la paleta sin hablaros sin hablaros á diestro y siniestro de Miguel Angel, de Rafael, de Murillo y del Dominiquino!... Se volvería luego al país natal, á Bretaña, á Gascuña, á Lorena ó Normandía, y se haría tranquilamente el retrato de la comarca. Así es como se conseguiría animar el arte con verdadera vida y hacerlo bello y simpático para todo el mundo.»

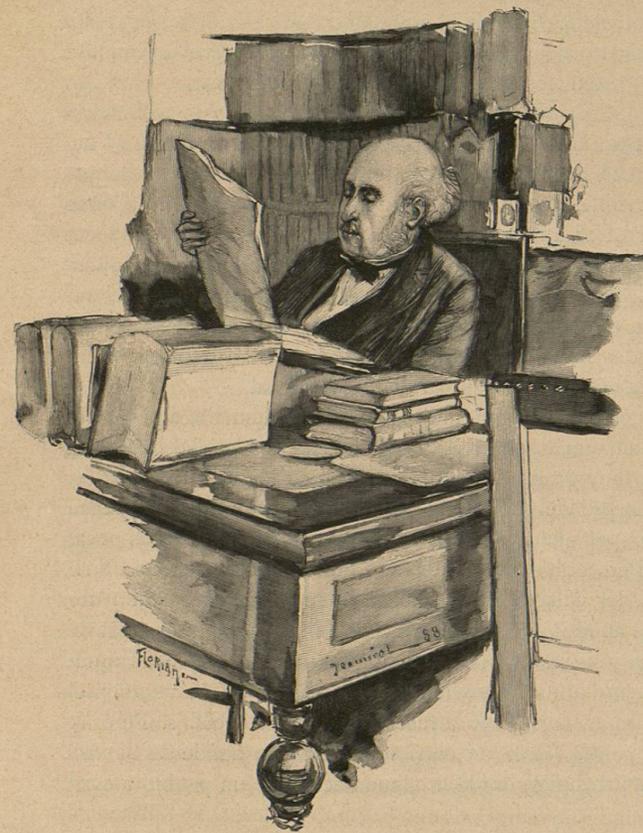
Ello es cierto que se ganaría mucho en seguir semejante programa.

La enseñanza de la escuela oficial tiende á reformar siempre una centralización académica. ¡Ojalá multiplicaran, según el consejo del pintor de Lorena, los artistas que hacen el retrato de su provincia!

Nótese, en efecto, que la convención ha tomado una táctica nueva que la disimula y le procura medios de volvernos á coger. Si nuestro estado democrático se traduce en pintura por el estudio del campesino, del obrero, del pueblo, el academismo no se atreve á protestar, pero reclama, en nombre de la poesía convencional, contra la realidad demasiado severa. Al campesino, al obrero que es menester observar de cerca, opone el pastor, ser vago, reservado, que se inventa á medida del gusto. El pastor sentimental y toda la pastoral abstracta con que se nos regala amenazan como pueden al arte de verdad, sincero y vario, caracterizando los aspectos y las costumbres de cada región. Es la última transformación del idealismo. Denunciémosla como hipócrita y peligrosa. Pero el idealismo artificial arrastrará siempre tras sí y siempre tendrá á su favor á los perezosos que no tienen el valor de mirar de frente la vida y sorprender sus secretos.

L. de FOURCAUD.

EL PROGRESO



Julio Simón, de la Academia francesa

Hácese muchas objeciones y contras á las exposiciones. La principal es su frecuencia. ¿Cómo queréis, se dice, que las artes é industrias de 1889 difieran de las artes é industrias de 1878? Vais pues á presentarnos por mera ceremonia objetos que ya hemos visto, con la única diferencia de darles otro acomodo, arreglo ó colocación.

Pues bien, esta objeción hubiera podido ser plausible hace cien años y hace doscientos habría sido muy fuerte. Hoy no vale nada: el mundo se renueva en diez años. El progreso que marchaba á pasos contados, ha calzado, desde la Revolución, botas de siete leguas. El hombre no ha cambiado mucho, pero lo ha cambiado todo en torno de él.

En primer lugar ha cambiado sus relaciones con el cielo, que hasta aquí no hacía más que entrever; ahora lo ve mucho más de cerca, gracias á la

potencia de los nuevos instrumentos. Hasta temo que lleguemos á visitar la luna; pero estamos en aptitud de describir su topografía. En 1878 teníamos de ella una fotografía aun bastante confusa. El año próximo haremos mucho más: M. Eliseo Reclus se prepara á hacer su descripción, que será el primer apéndice de su *Geografía Universal*.

La tierra era en otro tiempo uno de los cuatro elementos. ¿Qué es un elemento? Trátase ahora de la nomenclatura de los cuerpos simples. Berthelot descubre un cuerpo simple como Janssen descubre un planeta.

Donde quiera descubre Pasteur microbios. Pitágoras los había encontrado antes que él; pero Pitágoras los soñaba y Pasteur los ve. Y no se limita á verlos, sino que los combate y nos da la vida combatiéndolos. Desde el origen del mundo, servimos, sin sospecharlo siquiera, de pasto á ciertos animalejos, que nos comemos, nos bebemos y hasta nos respiramos, introduciéndolos de todas maneras en la plaza. Pues Pasteur ha encontrado el medio de impedir que los mayores de ellos entren en nosotros con la bebida, y de los que entran á pesar de él paraliza la acción dirigiéndola. Es el hombre que hace más daño á los animales pequeños y más bien al grande animal llamado hombre.

Digo que impide entrar á los microbios mayores. Y es que no puedo creer en la omnipotencia de sus microscopios más que en la omnipotencia de los telescopios que tanto dinero cuestan á M. Bischoffsheim. Cuando el agua ha pasado por el mejor de los filtros, parece ya desierta; pero nada prueba que no esté habitada por microbios infinitamente más pequeños que los de Pasteur, escapándose de sus instrumentos.

Supongamos por un instante que sus microbios sean tan inteligentes como nosotros lo somos, que sean civilizados y tengan también microscopios. Pues pudiera ser que se hallara entre ellos un microbio-Pasteur, cuyo genio descubriera un mundo entero en lo que sería para nosotros un átomo invisible, y que estos otros microbios, provistos de otros microscopios, pudieran descubrir otros animales, que llamarían sin razón infinitamente pequeños. Y no veo dónde pueda uno detenerse en esta hipótesis. Lo mismo que si suponemos por otro instante, que el sol á cuyo alrededor gravitamos, no es sino una estrella que forma parte de un sistema cuyo centro es otro sol, podemos ir de sol en sol sin llegar á detenernos. Entre estas dos inmensidades, la inmensidad de lo grande y la inmensidad de lo pequeño, pongo la ciencia como en su dominio natural.

Y no puedo menos de insistir en el punto que indicaba hace un momento á propósito de Pitágoras, y es que la joven humanidad soñó todo lo que la vieja humanidad descubre. El progreso en las ideas no es muy grande; pero es inmenso en los descubrimientos.

La rapidez del progreso nos sorprende, sobre todo, cuando los descubrimientos tienen una aplicación práctica. Tomemos por ejemplo la fuerza. La fuerza del hombre es poca; es muy inferior á la del caballo. Pero el hombre se apoderó del caballo, aprendió á dirigirlo, y desde entonces la fuerza del caballo perteneció al hombre tan completamente como la suya propia. Y no sólo se apoderó de la fuerza de los animales, sino también de la fuerza de las corrientes de agua y de la del viento. Ved la historia del molino. Primero el molino á fuerza de brazo, luego la muela movida por un caballo; un día se ataja el agua del río, y cuando se deja escapar, parte con la fuerza de muchos caballos. Pero no en todas partes hay río, y en los países faltos de corrientes de agua, tiéndense al aire lonas ligadas á unas aspas, y he aquí ya asegurada la alimentación de un pueblo con el molino de viento.

La idea de emplear el vapor ha venido bien tarde. Papin murió en 1714: el secreto estaba descubierto, pero las aplicaciones eran nulas. El vapor estuvo cerca de un siglo dormitando, objeto de curiosidad para los sabios y de indiferencia para el vulgo. Ahora es nuestro principal auxiliar. Con él vivimos en perpetua relación, pues ha sustituido casi en todas partes los brazos del hombre, el caballo, el viento, las corrientes de agua, viniendo á ser así el motor universal. Y de tal manera se mezcla en nuestros hábitos y por ellos nos es tan necesario, que apenas concebimos el mundo sin él.

Sin embargo, todas las aplicaciones, que ni siquiera nos admiran ya, son de ayer. Los hombres de mi generación recuerdan el tiempo en que el tejido se hacía á brazo en casi

todas partes. No se conocían en las fraguas otros martillos que los machos de los herreros. Ellos vieron los primeros barcos de vapor, porque el barco de vela lanzado en París el año 1804 por Fulton no fué más que un curioso experimento. Jorge Stephenson, el verdadero creador de la máquina de vapor, es contemporáneo nuestro, pues murió en 1848.

El primer ferrocarril que tuvimos en Francia fué el de París á San Germán, construido en 1834 por Eugenio Flachet y Clapeyron. Uno de nuestros más grandes hombres políticos dijo entonces en la tribuna que sólo era un juguete bueno para divertir á los parisienses y que nunca tendríamos en Francia una red de ferrocarriles.

Hasta 1818 no tuvimos alumbrado de gas. Felipe Le Bon hizo en 1786 ensayos que llegaron á alumbrar, pero no se aclimataron. El alumbrado de gas oficialmente instalado en 1818, hizo su camino lentamente. Cuando yo vine á París en 1833, todas las callejuelas, es decir el mayor número de las calles estaban aún alumbradas por reverberos. Aun parece que estoy viendo en una calleja que llevaba este nombre de mal augurio, la *linterna* en que se colgó Gerardo de Nerval el 24 de enero de 1855.

Todos estos descubrimientos, hechos en nuestros días y á nuestros propios ojos, han transformado ya el mundo. No hablemos más que de la navegación por vapor y de los ferrocarriles. Nuestros amigos de los bulevares acaban de hacer, ha pocos días, un viaje de recreo á Samarcanda. Esto recuerda dos veces las *Mil y una noches*. Se puede salir de París para ir en gestión de algún negocio á Nueva York y estar de regreso veinte días después. Se va á Marsella tan fácilmente como en otro tiempo á San Germán. Roma y Nápoles están como en los afueras de París. La distancia de París á Nápoles, que no hace mucho tiempo, representaba treinta días de fatigas, no representa ya más que tres de recreo. El mundo viene en cierto modo á ponerse graciosamente á nuestra vista y como quien dice á nuestra disposición. Gracias á esta transformación, los negociantes chinos tienen un almacén en Pekín y otro en París.

No tiene uno que moverse para sus gestiones de negocios: tenemos el correo con las rápidas comunicaciones y la uniformidad de peaje; el telégrafo eléctrico, que va hasta el fin del mundo con la rapidez del pensamiento; el teléfono, que lleva la voz humana á más de mil leguas. De París á Nueva York se establece una conversación privada entre marido y mujer; y un sabio afirmaba el otro día que se transmitirían las imágenes con la misma facilidad: nos hablaremos y nos veremos, quedando sólo el tacto prohibido. La alfombra en que Aladino se sentaba y la cual lo trasportaba de Bagdad á Samarcanda en un abrir y cerrar de ojos, no era más maravilloso que esto.

Alguna vez me he preguntado qué hubiera sucedido si habiendo descubierto un sabio todas estas maravillas en el siglo XIV, hubiera llegado á realizarlas siquiera en su laboratorio ó en su jardín. Esta inspiración de genio hubiera sido para él la mayor y más lamentable de las calamidades. Todas las iglesias se hubieran congregado para fulminarle anatemas y todos los tribunales para quemarlo vivo.

Pero ya no se quema á los sabios como Pasteur, Berthelot, Wurtz, Janssen, Edison, Flachet, Alphant, Eiffel. Ni ellos nos espantan ya tampoco; apenas llegan á sorprendernos, hechos como estamos ya á los milagros del genio.

El año próximo os convenceréis por vuestros propios ojos de que las modificaciones allegadas por la ciencia á la industria humana en once años, de 1878 á 1889, habrían bastado á la gloria de uno de los siglos que nos han precedido.

De estas transformaciones sólo citaremos dos: la trasmisión de la fuerza y la sustitución del gas por la electricidad en gran número de servicios.

Se prescribe que se abandone el gas en los teatros, por razón de seguridad: la luz eléctrica, sobre la ventaja de su inocencia, tiene la de no desarrollar el calor. Estos dos grandes inventos al servicio de la humanidad, la electricidad y el gas, están hoy en pugna entre sí, y del combate que sostienen á nuestra vista, no hemos de sacar nosotros sino grandes ventajas. La trasmisión de la fuerza puede ser un enorme aumento de la fuerza, No se trata de un descubrimiento, sino de la aplicación en grande escala de un descubrimiento ya antiguo. Cuando en 1860 visitaba yo la ciudad fabril de Mulhusa, con mi amigo Juan Dollfus, veíalo ya preocupado de una revolución industrial, que vendrá á ser una revolución social y moral, si permite á la madre de familia hacer llegar el vapor á su vivienda en lugar de ir ella misma á la fábrica. No extraño que Rothschild haya hecho los gastos de los últimos experimentos. Si tienen el éxito apetecido, una madre ganará de hoy más el pan de sus hijos sin tener que abandonarlos, como ahora.

La ciencia no cambia solamente los servidores y los vecinos del hombre; cambia también las relaciones de los hombres entre sí. La legislación y la economía política se resienten de los progresos de las ciencias físicas. El hombre que conversa en el mismo día con un consocio de Nueva York y con un corresponsal de San Petersburgo; que envía por la mañana á la bolsa de París ó de Londres órdenes que cruzan medio mundo y son ejecutadas por la tarde; el fabricante que trae el carbón y las primeras materias al almacén de su establecimiento en un espacio de tiempo cuarenta veces menor que hace veinte años, este hombre no tiene ya la misma esfera de acción, ni las mismas necesidades, ni las mismas ambiciones, ni los gustos mismos, que habría tenido en el siglo pasado. Todos los hombres están hoy sentados á la misma mesa. Hay en el mundo un taller universal, un almacén universal. Nótese bien que todo tiende á lo universal al impulso de la ciencia. Es la realización de las famosas palabras pronunciadas en otro tiempo por Aristóteles: «La ciencia es la ciencia de lo universal.» La diferencia desaparece cada vez más y más. Convengo en que lo universal es superior: es menester aspirar á ello. Acaso había diferencias que retener como útiles; pero caemos en el exceso del bien.

Atestigüemos hasta en las cosas pequeñas ese progreso constante y rápido de lo universal. En el comercio todas las plazas dependen una de otra, y casi pudiera decirse que no hay ya más que una plaza. En la industria, en el cambio de los géneros, las diferencias procuran defenderse bajo la forma de tarifas de aduanas: hasta parece en este momento dado, en este cuarto de hora, que el libre cambio sufre un movimiento de retroceso. Pero ¿qué ha de hacer la ley contra Pasteur ó Berthelot? El más revolucionario de todos los poderes es el poder de la ciencia. El segundo imperio regía los periódicos franceses y excluía severamente los periódicos extranjeros. ¡Vanos esfuerzos! Ya no hay secretos políticos: Gutenberg les dió el primer golpe y el vapor ha acabado de hacerlos imposibles. Jamás se construirá una muralla de la China bastante alta para impedir que pasen el vapor, el telégrafo y el teléfono. La China misma, tanto tiempo protegida ó apisionada por su famosa muralla, la China está ahora en París, en Berlín y en Londres.

Otro hecho. El pequeño comercio desaparece en las grandes ciudades. ¿Qué es el éxito de los almacenes del *Bon Marché*, de los almacenes del Louvre? Es lo universal que pasa y mata en torno de sí las diferencias. Lo mismo sucede con las grandes casas de banca; con la unificación de las medidas de longitud y con la unificación de la moneda.

Dícese que en América, á lo menos en las grandes ciudades, la vida de familia se resiente un tanto del mal común, y se reemplaza con el fansterio bajo la forma de casas de hospedaje. Es el peor triunfo de lo universal. Me complazco en creer, por mi parte,

que lo universal no extenderá sus progresos por este lado. Como la naturaleza misma se siente atacada en su última fortaleza, ella sabrá defenderse.

La Revolución de 1789, cuyo centenario se va á celebrar, ha sido la mayor victoria de lo universal: destruyó todos los privilegios, que eran diferencias, é hizo de la nación francesa una sola familia. Desde luego introdujo la igualdad en el seno de las familias con la supresión del derecho de primogenitura y del derecho del sexo: igualdad es universalidad. Después estableció la igualdad entre las familias suprimiendo el feudalismo dominante y rescatando el feudalismo contratante; y promulgó la soberanía del pueblo, que es la forma política de la igualdad y de la universalidad.

Lo que hizo por Francia lo ha hecho también por el mundo, porque sacó sus principios, no de la tradición, que es una diferencia, sino de la razón, que es el órgano propio de lo universal. La Bastilla, que fué derribada el 14 de julio y que se alzaba al extremo de la calle de San Antonio, no era más que un símbolo, y Francia, al derribarla, derribó todas las Bastillas y puso fin á todas las diferencias.

No cabe dudar que la misma idea filosófica, promulgada por Mirabeau, ha hecho después todas las modificaciones de pueblos. Víctor Manuel creía que había hecho él la unidad italiana; el emperador Guillermo creía también que había hecho él la unidad germánica, y la unidad italiana y la unidad germánica no se hicieron sino por virtud de la Revolución francesa. Una y otra son los mayores pasos dados hacia adelante por lo universal, después del paso decisivo de 1789; y prueban que el éxito es más que completo. El éxito no debe ser excesivo. Lo universal debe ser preponderante, pero no puede ser solo. La ley del mundo político, como la del mundo físico, es la unidad en la variedad. La jerarquía de los privilegios era detestable; pero la jerarquía de los derechos es necesaria.

El arte no es tan variable como la política, la industria y los negocios ¿Por qué? Porque el arte es el hombre mismo; todo lo demás constituye solamente los accesorios del hombre. El hombre de Corneille es en el fondo el hombre de Sófocles; el hombre de Molière es el hombre de Terencio. Sófocles y Terencio, Molière y Corneille toman de su tiempo lo que tienen de malo; toman la poesía en el origen de la poesía, que es la eterna naturaleza de la humanidad.

Decía, poco ha, que oigo la voz de un habitante de la América á través de mil leguas. Pero oigo y comprendo la elocuencia de Demóstenes á través de dos mil años, porque es el hombre quien habla al hombre.

Las convenciones en las artes perecen una tras otra, después de haber velado ó disminuído por algún tiempo la belleza; y luego, el impulso omnipotente de la naturaleza prevalece, y á pesar de las escuelas brilla de suyo la belleza en su gracia y verdad. La ciencia ha prestado al arte el servicio de darle por espectador el género humano, y no, como antes, esta ciudad ó provincia.

Y ved qué resultado. Todo hombre tiene de hoy más el derecho y el medio de ver á Rafael, á Miguel Angel, á Rubens. Y allí, en presencia de la obra maestra, se divide la multitud sin que la ley intervenga: la jerarquía se forma divinamente entre los perspicuos y los ciegos; no es ya la diferencia homicida, es la diferencia establecida por la naturaleza y sobre la cual irradia lo universal, como Dios irradia en la paz por encima de los mundos.

JULIO SIMÓN
(De la Academia francesa)